

Y efectivamente el libro de Luis Gil es mucho más de lo que dice su título; es una historia justa, erudita y amena de la libertad de expresión en la Antigüedad clásica, cuya materia se presenta articulada en la siguiente forma: I, Grecia: La polis y la creación literaria. La opinión de los filósofos. La actitud de los monarcas helenísticos. — II, La Roma republicana: Religión estatal y libros prohibidos. Bases legales para una censura político-social. — III, Los emperadores del siglo primero: Razones de la decadencia literaria. Augusto. Tiberio. Calígula. Nerón. Vespasiano. Domiciano. — IV, El viraje espiritual del siglo segundo: La *reddita libertas*. La exaltación religiosa. — V, El bajo imperio: Represión política y propaganda imperial. La cuestión cristiana. La censura religiosa en época de los Severos. Diocleciano y la *persecutio codicum tradendorum*. — VI, El imperio cristiano: Perfil del imperio cristiano. Magia y adivinación. La represión del paganismo. Ortodoxia y herejía.

La obra concluye con un Epílogo, en el cual el autor resume y critica el resultado de su investigación. De éste resulta que la existencia de una censura literaria en la Antigüedad es un hecho seguro y demostrado. Desde sus principios en Grecia hasta el *Decretum gelasianum*, el Estado pretendió controlar a los escritores y utilizar sus creaciones con determinados fines, manejando la censura principalmente como arma defensiva. Esta estuvo unida casi siempre con la propaganda política, pero su carácter arbitrario y negativo la hizo ineficaz cuando no estuvo respaldada por otras armas más poderosas, como la dialéctica y la verdad. Así, por ejemplo, la incineración de los escritos de Protágoras y los procesos de impiedad atenienses no hubieran dado ningún resultado contra la sofística sin la dialéctica demoledora de Sócrates y el magisterio de Platón. En cuanto al intento de los emperadores romanos de alterar la verdad histórica de su tiempo por medio de la propaganda y la censura rigurosa, alcanzó también poco éxito. Prueba de ello son las obras de Tácito y Suetonio, o la *Historia secreta* de Procopio de Cesarea, quien dejó a la posteridad crónicas sobre Justiniano y su esposa Teodora, que no se atrevió a insertar en sus historias oficiales.

JORGE PÁRAMO POMAREDA.

Instituto Caro y Cuervo.

CARLOS BLANCO AGUINAGA, *El Unamuno contemplativo*. México, El Colegio de México, 1959. 297 págs.

Desde la primera página de esta obra hasta la última el autor sostiene el mismo interés y amenidad en su estudio de la filosofía y psicología unamunianas.

Divide el autor la obra en ocho partes, y en dos grandes temas subdivide su análisis. En la primera parte estudia los dos aspectos de Unamuno y lo titula *Los dos Unamunos*. El primero es el Unamuno agonista, de quien dice que es "el más vivo en la historia del pensamiento español y europeo, el que más ha influido en nuestra manera de sentir y pensar el mundo, es el agonista que hizo del sentimiento trágico y egoísta violenta — y gesticulante — fe de vida" (pág. 17). Para llegar a comprender sus transformaciones es necesario seguir la trayectoria de sus ideas desde los primeros años; así nos presenta el autor a Unamuno en la niñez y mocedad, como también en sus años de estudio en la Universidad de Madrid, en los cuales el racionalismo filosófico le absorbe y pasa por una crisis religiosa. "Durante ella, una y otra vez, se obliga a sí mismo a volver a misa... pero sus palabras y sus actos no nacen de aquella fe sencilla de su infancia" (pág. 19). Hacia 1897 la situación hace crisis violenta. Blanco Aguinaga asegura que quizá porque aún permanecía en él la herencia religiosa, esta trágica y violenta crisis abrió para Unamuno el abismo de la angustia, "en cuyo fondo siente, con absoluta lucidez, la revelación de la nada que le aterra" (pág. 20). Nos presenta en seguida el autor una interpretación de las teorías unamunianas de lo que es "consciencia", y lo que es "consciente". Para él, "ser hombre es, pues, tener consciencia dolorosa de la temporalidad" ¹. La interpretación del *Sentimiento trágico de la vida*, las influencias que sufrió de la filosofía de Spinoza y aquella cadena de sentencias que nos atestiguan su estado de alma, como la siguiente: "la inmortalidad que apetecemos es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de esta vida" ², la poesía, filosofía, novelas y estilo de don Miguel, son temas de estudio para Blanco Aguinaga, quien finalmente exclama: "deben doler el verso y la prosa como le duele a la vida la realidad de la muerte y como duelen las ideas que luchan entre sí frente a la realidad de la muerte" (págs. 28-29).

En el segundo enfoque de la primera división, el autor hace la exposición de lo que llama "la objetivación del problema de sus dos personalidades". Unamuno se descubrió muchas veces a sí mismo dividido en dos: "es de saber que hay en nosotros dos hombres" ³. "Además del yo que vemos reflejado en los otros (o que los otros nos ven), hay siempre otro yo, el más primitivo, el que está por debajo del alma" ⁴. "Dos hombres, pues, que no son ya el del corazón y

¹ MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras completas*, V, Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, pág. 831.

² *Op. cit.*, pág. 530.

³ *Op. cit.*, III, pág. 747.

⁴ *Op. cit.*, pág. 997.

el de la cabeza, sino dos querencias contrarias del mismo 'corazón' que parece dividirse entre su voluntad de querer *estar* por siempre (fuente de la agonía y de la acción) y una oscura tendencia a dejarse ser, sin carne, ni hueso, ni conciencia (esencia, eternidad, fuente de la paz)" (pág. 34).

En cuanto a *la voluntad de paz nacida del cansancio de la agonía*, Unamuno aparece como el hombre cansado de su propia guerra; mucho antes de sus mayores agonías públicas expresaba la voluntad de paz, su tendencia más interior a huir del tiempo, padre de todas las guerras:

Quiero dormir del tiempo,
quiero por fin rendido
derretirme en lo eterno
donde son el ayer, hoy y mañana
un solo modo
desligado del tiempo que pasa:
donde el recuerdo dulce
se junta a la esperanza
y con ella se funde;
donde en el lago sereno se eternizan
de los ríos que pasan
las nunca quietas linfas:
donde el alma descansa
sumida al fin en baños de consuelo,
donde Saturno muere:
donde es vencido el Tiempo ⁵.

El autor del estudio se sitúa en 1895 para estudiar las obras principales de aquel tiempo: *En torno al casticismo* y *Paz en la guerra*. Hace un extenso análisis de lo que él llama la "primera época". En las páginas de *En torno al casticismo*, expresa por primera vez esa voluntad de paz, de esencia, de eternidad y de inconsciencia, que caracteriza su espíritu contemplativo. Unamuno rechaza en esta obra la historia: "lo notable si queremos entender el dilema principal de su vida, es que lo haga precisamente a través de un estudio histórico, y en un libro en que predica la importancia del estudio de la historia" (pág. 51) anota Blanco Aguinaga.

En *Nicodemo el fariseo*, Unamuno sigue la ruta que se había fijado: "aunque las preguntas de Nicodemo son las del Unamuno agonista, las respuestas son las del Unamuno contrario... un hombre que tenía a enajenarse en el ilimitado mundo del espíritu" (pág. 80).

⁵ UNAMUNO, *Poesía*, Madrid, 1907, pág. 34.

Después de 1900 Unamuno evoluciona y llega hasta la creación del soneto *Horas dormidas* en cuyas líneas se vislumbra la paz y la serena eternidad:

Horas dormidas de la mar serena;
se cierne el tiempo en alas de la brisa;
cuaja en el cielo azul una sonrisa
y todo él de eternidad se llena.
Abrese el sol su más íntima vena,
corre su sangre sin retén ni sisa,
Naturaleza oficia en muda misa,
que es de la paz sin hombres santa cena.
Todo es visión, contemplativo oficio;
nada en el cielo ni en la mar padece;
es sin pena ni goce el sacrificio;
de ensueño el Universo se estremece,
y de la pura idea sobre el quicio
en el alma de Dios mi alma perece ⁶.

En la segunda parte del estudio se analiza la otra faz de Unamuno, "un hombre suave y resignado, amante de la paz y del vagar inconcreto del pensamiento" (pág. 93). Don Miguel, simbolista a toda prueba, utiliza ciertos temas para la expresión de su pensamiento. Blanco Aguinaga sigue la trayectoria de estos temas y los clasifica así: I. La idea de la niñez. II. El refugio en la familia. III. La Madre: su imagen en la memoria del hombre-hijo. IV. La naturaleza, la soledad y el silencio. V. La función simbólica del agua. VI. La luz difusa: símbolo último de la continuidad inmaterial e inconsciente.

Como se puede apreciar, los temas en su sola apariencia son el completo símbolo del hombre de la paz. En los dos primeros temas, la idea de la niñez y el refugio en la familia, Blanco Aguinaga nos presenta la transformación del autor de *Teresa*; para Unamuno la niñez simbolizaba la fe perdida, como valor absoluto. A medida que se va haciendo viejo, vuelve a él un ansia de niñez:

¡... Ay niñez, mi niñez!...
yo quiero ser niño
por siempre y siempre jamás ⁷.

La familia fue para Unamuno su refugio de paz. Muchas veces menciona la casa, el hogar, la vuelta al hogar, que para él tienen el significado de "sosiego y reposo". Así lo expresa: "y en la paz santa que mi casa cierra". Los hijos, el encontrar la casa alegre y dulce,

⁶ UNAMUNO, *De Fuerteventura a París*, París, Excelsior, 1925.

⁷ UNAMUNO, *Cancionero*, Buenos Aires, Losada, 1954, pág. 27.

todo esto le traía paz y felicidad. A lo que se agrega la presencia de la esposa, que fue para Unamuno luz constante en su vida.

La idea de *Madre* resuena a través de toda la obra de Unamuno. El autor de este estudio la analiza y nos dice que "la furiosa hambre de maternidad" es generalmente el rasgo que une a todas las mujeres que figuran en sus novelas, y corresponde, en la sensibilidad y el pensamiento de Unamuno, al "hambre de inmortalidad" que tenía él mismo y de la cual hacen gala muchos de sus personajes masculinos (pág. 128).

Blanco Aguinaga estudia luego las varias modalidades de "sueño" que encuentra en don Miguel, por ejemplo, el sueño calderoniano que es el sueño ascético-místico, el sueño shakespereano, los sueños del corazón y aquel sueño que llama Unamuno "bueno".

La música es otro de los símbolos que utiliza Unamuno; Blanco Aguinaga nos hace ver que "la música sin letra" es para el gran vasco "el mundo de lo inconciente que, naturalmente, su conciencia aborrece" (pág. 155). Unamuno insiste en oposiciones tales como inconscencia-conciencia, sueño de dormir-ensueños de la voluntad, música-letra, tradición (fondo, materia)-historia (superficie, forma), y es "tan directa su relación con la infancia y con la importancia de la madre, que, todavía al final de su vida, en 1931, en uno de los poemas del *Cancionero* (pág. 430), aparecen otra vez todos estos conceptos fundidos en un canto a Bilbao" (pág. 157).

En la VI parte titulada *La Naturaleza*, Blanco Aguinaga divide en cinco partes su análisis. En realidad esta última parte debía formar un todo con el resto del libro, ya que lo que sigue en su totalidad tiene relación estrecha con el concepto de naturaleza; sin embargo, el autor selecciona cuidadosamente estos conceptos y hace un estudio detallado de "la función simbólica del agua": el mar, la especial importancia del lago, la lluvia y la nieve. El último capítulo lo titula: *La luz difusa: símbolo último de continuidad inmaterial e inconsciente*. Hay en el libro un afán continuo de mostrar a través de la obra de Unamuno esos símbolos que en definitiva siempre son los mismos; se nos describe cómo los utiliza y cómo les impregna diferentes matices.

El estudio termina con un epílogo titulado: *Los dos Unamunos*. Aquí centra el autor sus teorías y resume sus conclusiones: "El Unamuno contemplativo es el que se deja llevar al enajenamiento atraído por el rumor de las aguas eternas de lo inconsciente; un hombre que, así como el agonista busca y necesita la limitación de lo temporal, tiende a la quietud de lo limitado eterno" (pág. 284).

Blanco Aguinaga logró un magnífico análisis de Unamuno. La madurez y claridad de sus conceptos hacen de este estudio una contribución básica a la bibliografía unamuniana. En nuestro concepto, el proceso

de dilucidación es profundo y lógico. Por todo esto, el libro no debe faltar en la biblioteca de los que se dedican al estudio de los autores del 98.

ANA RUTH MENA DE GRAHAM.

Bogotá.

A. SENN und A. SALYS, *Wörterbuch der litauischen Schriftsprache. Litauisch-deutsch*. Band IV, Lieferung 32-37, págs. 65-448. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1958-1961.

Este renombrado diccionario que recoge toda la riqueza léxica de la lengua lituana escrita (cf. *Thesaurus*, XIV, 289-290) avanza con toda regularidad. Al lado de palabras de la lengua general aparecen también voces dialectales, ejemplos del uso vulgar (véanse p.e. *sprógti* y *susésti*) y la terminología especial de los artesanos. En ciertas ocasiones se tiene en cuenta también la terminología lituana soviética (p.e. *statýti*). Para ilustrar la significación de una palabra se incluyen ejemplos tomados de canciones populares o del caudal de los proverbios. Se comprueba también en este diccionario que el lituano es la lengua de un pueblo que se dedica preferentemente a la vida agrícola, idioma rico en expresiones tomadas del ambiente del aldeano y de la sabiduría popular de éste.

La elaboración del diccionario continúa con el mismo esmero y sistematización de antes. Se indican todas las relaciones gramaticales necesarias, y se distinguen claramente todas las variantes de significado. De riqueza semántica y de diferenciación de sentidos son ejemplo, entre otros, los artículos *subúti*, *sudarýti*, *sugyvénti*, *sugriēbti*, *sukalbėti*, *sùkkti*, *sustantýti*, *suièkkti*, *sutráukti*; de los muchos ejemplos fraseológicos aducidos, los artículos *stóti*, *storėti*, *sù* (y *su-*), *sudėti*, *suiñti*, *sukėlti*, *suláukti*, *sumèsti*, *sunkùs*, *sustóti*, *susùkti* y otros.

El interés científico por el lituano data de los primeros tiempos del estudio de la lingüística indoeuropea comparada y se basa especialmente en el carácter arcaico de esta lengua. Poner a disposición de quienes se interesan en la lengua lituana, así como de los comparatistas, manuales y diccionarios fidedignos elaborados con esmero, tales como el diccionario de Senn y Salys, es una obra de gran mérito que no solamente honra a los autores, sino también al Committee for the Advancement of Research, de la Universidad de Pensilvania, que desde hace años viene subvencionando los trabajos del Diccionario, y a la casa editorial que no ha ahorrado dineros y esfuerzos en su empeño de difusión y avance de los estudios sobre el lituano. La editorial Carl Winter ya en 1919 publicó la excelente antología de A. Leskien (*Litauisches Lesebuch*); en 1932 entregó a la luz pública